

accesorios, y los introdujo en el interior de unas bolsas de gran resistencia, parecidas a las que se utilizan en la botadura de escombros. Cuando consideró que ya tenía suficiente, abandonó el local con su menudo botín y no fue sino hasta horas de la mañana del día siguiente cuando los dueños de la ferretería denunciaron el robo.

Johnny había arrastrado tres bolsas grandes y pesadas por el centro de Mendoza sin ser descubierto. Ignoramos la dirección de su domicilio pero sabemos que tardó una hora y quince minutos en llegar a su casa y guardar en la parte posterior (imaginemos un hogar muy humilde) el cuantioso botín. Por supuesto el robo a la ferretería no desveló a ningún periodista y el evento no salió reseñado ni en *Los Andes* ni en *Uno*, los rotativos más importantes de la región. Sólo los vecinos supieron del suceso, y como la ferretería contaba con una póliza de seguros contra robo (esto sólo los sabían los dueños y después lo sabríamos todos), los materiales hurtados podían ser reembolsados según los términos de la cobertura. El suceso ocurrió la noche de un lunes y durante la semana siguiente la policía no tuvo una sola pista, ni de Johnny, ni mucho menos de los objetos robados. Poco a poco el suceso se fue olvidando tras los morosos trámites que los dueños realizaban ante la aseguradora.

Dos semanas más tarde saltó la noticia en los periódicos: «Ladrón se arrepiente ante sacerdote de la iglesia y devuelve el botín». Johnny había acudido al confesionario del Padre Anselmo en la Parroquia «Santiago Apóstol y San Nicolás de Tolentino», para confesar su pecado con lujo de detalles y hacer entrega de todos y cada una de los objetos robados. El cura, como es de suponer, lo perdonó y lo conminó a no volver a hacerlo previa contrición sellada con oraciones al Espíritu Santo. Johnny salió de la iglesia ligero de conciencia, libre de los kilos de fierros valiosos que sustrajo aquella noche de furia.

El cura Anselmo, siguiendo las indicaciones de Johnny, procedió a devolver el botín a los dueños de la ferretería y consideró que para la moral cristiana mendocina era importante acudir a los medios de comunicación y hacer de conocimiento público lo ocurrido. «De esta forma —dijo ante los periodistas— queda claro que los valores éticos cristianos también afloran en el seno de un corazón confundido». E invitó a los pillos de Mendoza a deponer su actitud delictiva en pro de la tranquilidad de la región. De esta forma Johnny pasaba de delincuente desconocido a héroe anónimo, y los dueños de la ferretería se consideraron resarcidos con la actitud del ladrón bueno. Por supuesto, la justicia secular jamás intervino.

Es imposible no pensar en la parábola del ladrón arrepentido del Nuevo Testamento. Dimas, uno de los malhechores crucificados en el Calvario, reconoce sus pecados y declara inocente a Jesús de todo lo que se le acusa. Contrario a Barrabás, se coloca de parte del Cristo y cree en él (clavado en una cruz uno puede creer en cualquier cosa.) Entonces se dirige a Jesús y le dice: «Acuérdate de mí cuando llegues a tu reino». Obsérvese que no le pide la salvación del suplicio, no le pide el perdón de sus pecados. Sólo le pide que se acuerde de él. Entonces Jesús le responde con una oferta que muchos consideran desproporcionada: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso». Así, *ipso facto*. En ningún otro lugar del Nuevo Testamento Jesús ofrece de manera tan instantánea la salvación eterna. Este raro privilegio solamente lo disfrutó Dimas, el ladrón arrepentido.

Pecar o no pecar, ése es el dilema. Pero si nos arrepentimos el dilema se desvanece. Es como echar atrás la película, desandar lo caminado y acudir al momento en que pudimos evitar el error. Una máquina del tiempo, un auténtico túnel que nos conduce al pasado sin dejar el presente. No recordar, sino revivir, volver a vivir, a través del sentimiento. *Repoenitere*, «sentir mucho», esta es la raíz latina del verbo arrepentirse; por cierto, un verbo reflexivo. Johnny *se* arrepintió, Johnny sintió mucho. Johnny es un ladrón que no robó, un ladrón bueno. Y para que haya ladrones buenos es necesario, en primer lugar, que roben. El ladrón arrepentido, ése si tiene cien, mil, dos mil años de perdón. Y el que aún no ha robado está, digamos, en pecado potencial.

Es famoso aquel ladrón del Club de Tiro de Southland, Nueva Zelanda, que envió al club una carta con el dinero correspondiente a las botellas de whisky robadas veinte años atrás. O el ladrón de una joyería de Nebraska que después de treinta y cuatro años de cometida su fechoría devolvió en sobre cerrado un anillo y un par de aritos de diamantes perfectamente pulidos. Ambos habrán querido tener la misma suerte de Dimas. Y es que la tentación de robar es grande, pero a la luz del Nuevo Testamento, la tentación de arrepentirse es mayor.

Pero Johnny no tardó tanto en arrepentirse. Apenas dos semanas. No le dio tiempo de disfrutar nada, no pudo darse ningún lujo. Creo que en el fondo deseó que lo atraparan y no lo consiguió. Quiso penar, ir a la penitenciaría, que en el fondo representa el auténtico arrepentimiento. Si lo imaginamos arrastrando aquellas pesadas bolsas repletas de herramientas por la capital mendocina no podemos sino pensar que Johnny pretendía el martirio. Un martirio a su medida. Gracias a Dios

el padre Anselmo lo perdonó y todo quedó en sigilo sacramental, quiero decir, en secreto de confesión. Johnny, el ladrón que no robó, *Johnny be good*.

Leo en el *web blog* de un joven petrolero venezolano expatriado en Lagos, Nigeria, la existencia en aquel país africano de varios «Campos de arrepentimiento». Con una pequeña contribución económica se accede a una suerte de *resort* con excelentes instalaciones donde podemos dejar limpiecita nuestra alma. Un *spa* de la contrición con ejercicios *ad hoc* y terapias propias de un purgatorio moderno. Parece que estos «Campos de arrepentimiento» son todo un éxito en Nigeria y las estadísticas hablan de tres millones de visitas al año. Vienen de todas partes del mundo: pecadores de todos los hemisferios, del Trópico de Cáncer y del Trópico de Capricornio. Legiones de pecadores no pecadores, culpables inocentes. Y es que el cielo guarda un lugar para los que no lo tienen: boxeadores que no golpean, cuatros benefactores y ladrones buenos, personalidades complejas que no logran ser ni una cosa ni la otra. Este es su pecado, y también su salvación. Adorados, santificados o arrepentidos. Convengamos que con semejantes contradicciones el enredo es celestial.



Carterista: Desconocido. Título original: Teresa Venerdi (1941) Tamaño: 70x100 cm.  
Año: 1941. Nacionalidad: Italia. Imprenta Desconocida.  
Nacionalidad del cartel: Argentina (1942)